

CAPÍTULO I

LAS ASPIRACIONES CARDINALES DE NUESTRA ÉPOCA

Según una concepción muy común entre el público, la idea cooperativa sólo sería susceptible de aplicaciones de muy corto alcance y las instituciones que adoptara esta organización no podrían rebasar más que un limitado grado de extensión.

Nosotros nos proponemos demostrar aquí que difícilmente podría encontrarse una opinión que sea más errónea que la antes citada, entre las que circulan corrientemente entre el público. Porque la idea cooperativa lejos de tener un alcance doctrinal o práctico limitado, es susceptible de servir de fundamento a todo un orden económico y social completamente nuevo. El advenimiento del orden cooperativo —porque tenemos por indudable su realización progresiva— presentará una originalidad mucho mayor que la que resultaría de la substitución del capitalismo por el colectivismo de Estado.

Es tal la inextricable interferencia de los hechos humanos, que cualquier orden económico está obligado a satisfacer todo un conjunto de aspiraciones tanto políticas como sociales. Por esta razón será necesario conocer primero cuáles son las aspiraciones cardinales de nuestra época, para investigar después si el orden cooperativo, que nos proponemos estudiar, sería capaz de darles satisfacción.

I. LAS MODERNAS ASPIRACIONES A LA LIBERTAD

Cuando Stendhal vivía en Italia, viendo las burdas intrigas políticas que se tejían y destejían en las diversas ciudades de la península, escribía en 1816: “Es para morir de melancolía si se es ciudadano.”

Y hoy, a la salida de esta segunda guerra ganada por los aliados tan difícilmente y al precio de tantos sufrimientos, cómo no decir: “Es para morir de melancolía si se es francés, o europeo, o simplemente hombre.” Porque todo lo que en el curso de los tiempos la humanidad había construido tan penosamente: la fidelidad a la palabra dada, el respeto a los tratados, la substitución del reino de la violencia por las negociaciones

de amigable composición, el valor indiscutible del régimen democrático y, por encima de todo, el respeto a la persona humana y a su autonomía moral y material, todos esos valores, que en el mundo civilizado la humanidad se había habituado a considerar como lo más valioso que poseía, si no han dejado de merecer que se les rinda pleitesía en los países occidentales, han sido ignominiosamente pisoteados, convertidos en befa por los Estados totalitarios, durante los diez o veinte años que fueron los amos de Europa.

La guerra, con sus necesidades brutales, tales como el régimen de requisiciones, las trabas sin límites fijadas a la propiedad privada, la coacción ejercida sobre las personas por la movilización, en pocas palabras, la coerción bajo todas sus formas, desde antes de la derrota habían ya sometido a los franceses a un régimen que no conservaba casi ningún rasgo del de nuestras libertades tradicionales.

Pero este casi inevitable letargo de nuestras libertades privadas y públicas, no fue nada en comparación con el régimen deshonesto que con la convivencia y bajo la presión del ocupante nazi, extendió el gobierno de Vichy sobre toda Francia, como una especie de apretada malla, cada día más ceñida.

Abolido el sufragio universal, suprimidos todos los partidos políticos lo mismo que el Parlamento, muchos, demasiados franceses se dieron cuenta de que, convertidos el trabajo y la conciencia profesional en virtudes ineficaces, los medios más seguros para llegar a los puestos que ambicionaban, ya fueran modestos o clave, o para obtener un favor del Estado, eran desde entonces la adulación, la bajeza, la delación en contra de sus adversarios o sus rivales. Por eso, aquellos que a las veces se desesperan ante las insuficiencias o las lentitudes de nuestro presente régimen republicano, y aceptan la idea de una nueva dictadura, deberían recordar la degradación moral e intelectual en que llegó a caer después de 1940 y decir con Talleyrand, que por propia experiencia conocía mucho estos problemas: "Mil veces la peor de las cámaras que la mejor de las antecámaras."

En fin, la liberación llegó, y con ella Francia pudo continuar el curso de su historia. Por todas partes brotó la aspiración hacia las libertades tradicionales. Como un río que vuelve a su cauce, el pueblo francés volvió a sus luchas políticas, a sus campañas de prensa, a sus huelgas obreras. Mucho ha faltado para que en los motivos y en el desarrollo de los conflictos todo haya sido digno de elogio; pero por lo menos no degradan al ser humano y a las veces permiten algunos progresos. Siendo tan grande la diferencia entre los pensamientos y los sentimientos de cada uno, los hombres necesitan expresarlos para llegar a entenderse. El eterno oprobio de los regímenes fundados sobre un partido único, artificialmente creado

LA REVOLUCIÓN COOPERATIVA

25

y mantenido por ellos, es que éste no puede establecerse sino sobre la mentira y el miedo. La unanimidad humana sólo se consigue en la muerte. ¡A pesar de la liberación alcanzada desde 1944, desgraciadamente, hay todavía muchos motivos de melancolía! El primero de todos —cada uno de nosotros lo siente— es que entre los dos bloques de Estados que se enfrentan, la paz no está asegurada; y en el plan interior mismo, hay que lamentar que un buen número de nuestros conciudadanos guarden aún en su espíritu o en su conciencia huellas de las marcas que Vichy y el enemigo les imprimieron, lo que se advierte en una especie de oscurecimiento del sentido moral, en la tendencia, en mayor proporción que bajo la III República, en conceder más importancia a la pertenencia a un partido político, y menos al mérito individual; en resumen, a una menor preocupación por la probidad y el derecho. Y si dirigimos la mirada más allá de nuestras fronteras, con frecuencia comprobamos una situación moral e intelectual aún peor. Por ejemplo, en la elaboración de los tratados de paz entre los cuatro “grandes” Estados y las naciones vencidas, han obrado mucho menos las preocupaciones de equidad, que el deseo ardiente de los vencedores de procurarse recíprocamente diversas ventajas, casi puede decirse, de asegurarse posiciones estratégicas favorables, para el caso de una nueva guerra. La sola evocación de una tercera conflagración mundial que pudiera estallar, no como la segunda Guerra Mundial, entre vencedores y vencidos, sino entre aliados vencedores, ¿no muestra la espantosa regresión que sufre nuestro mundo actual, el descenso que se ha registrado desde 1918 a la fecha? Los tratados de 1918-1919, en el espíritu de un Wilson, de un Lloyd George, hasta de un Clemenceau vencedores, han tenido la pretensión de mantenerse equitativos, de donde procede el respeto que tuvieron al derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. ¡Y es doloroso ver que en los tratados recientes las preocupaciones de esta índole han pesado muy poco, y lo duro y cínico que ha llegado a ser el mundo!

Pero es alentador observar que a despecho de todas estas tristezas y de las dificultades del momento, una vez restaurados el bienestar material y la seguridad moral, Francia vuelve cada día más a las prácticas de libertad y al espíritu de tolerancia, origen de su gloria pasada. Esperamos que mañana, como ayer, nuestro pueblo, por lo menos en su mayoría, para encontrar las mejores soluciones a los problemas actuales, sabrá guiarse por su espíritu mesurado y por su facultad de raciocinio, porque cuando los instintos arrojan unos contra otros pueblos y clases, sólo la razón desenvolviéndose en un clima de libertad, puede unirlos y conciliarlos.

Si no en todas partes, sí en la Europa Occidental y en los Estados Unidos los pueblos tienen sed de libertad. Sin embargo, para el mantenimiento

de esa libertad se presenta una seria dificultad que no han conocido los siglos anteriores.

Es indiscutible que un estrecho paralelismo unió liberalismo político y liberalismo económico, lo mismo que los regímenes de coacción política van unidos a regímenes de coacción económica.

Cuando el Estado tiene por principio el respeto sincero y franco de los derechos individuales, esto mismo lo lleva naturalmente a dejar al individuo en libertad en sus actividades económicas. Mayor de edad en el terreno político, el ser humano es considerado también mayor de edad en el terreno económico. Recíprocamente, cuando el orden económico reposa sobre principios liberales, el individuo, habituado a conducirse por sí mismo en su vida económica, encuentra muy natural ser igualmente libre de su elección en el orden político. La existencia de numerosas empresas concurrentes no sólo deja al consumidor una grande y preciosa facultad de opción, sino que lleva al productor al convencimiento de que todas las transacciones deben resultar del acuerdo amigable de las partes. De esa incesante deliberación entre los hombres, tanto en uno como en otro de estos planos, nace la libertad para todos. De este modo, libertad política y libertad económica se atraen y se fortifican recíprocamente.

Aún más indisolubles son quizá los lazos que unen autoritarismo político y autoritarismo económico. En cuanto el poder público se propone dirigir la economía, regentearla, se ve inexorablemente obligado a aplicar sanciones más y más rigurosas para castigar a los que, siempre más numerosos, tratan de escapar a una reglamentación cada día más molesta y extensa. El socialismo de Estado y aun la economía dirigida, no solamente excluyen el respeto a las libertades políticas, sino que en realidad, vacían de su substancia el sufragio universal.

¿De qué libertad económica podrá gozar una clase social si el Estado, en poder de todas las palancas de mando, lo mismo puede arruinarla bajando el precio de los servicios o mercancías que esa clase produce, que elevando el de los que consume? En un régimen de economía dirigida, *a fortiori* en la hipótesis del socialismo de Estado, el sufragio universal pierde todo valor como medio de expresión de ideas políticas y morales, convirtiéndose a este respecto en un cascarón vacío, porque sabiendo cada ciudadano que la totalidad de sus ingresos, que sus condiciones materiales de vida, dependen de la arbitrariedad del Estado, inevitablemente tendrá por preocupación dominante dar su sufragio al partido que asuma el compromiso de defender mejor sus intereses materiales. Este es el fenómeno capital que desde 1933 describimos en nuestro *Gouvernement des*

Démocraties Modernes, denominándolo “La mercantilización del sufragio universal”.¹

Sin temor a exagerar puede decirse que entre elector y elegido se forma un verdadero contrato de compraventa de la boleta electoral, no dando su voto el elector sino a cambio de substanciales ventajas económicas.

De modo que toda dictadura económica del Estado excluye el mantenimiento efectivo de las libertades políticas.

Recíprocamente, para mantenerse, toda dictadura política tiene forzosa necesidad de extender sobre todo el país una dictadura económica. ¿Qué mejor medio podría imaginarse para que la presión del poder sobre cada ciudadano sea la mayor posible, sino el de que tenga sus ingresos discrecionalmente regulados por el Estado? Así, delante del poder público, el individuo se encuentra abandonado *perinde ac cadaver*, a la tiranía del poder soberano, pues no sólo su condición política depende de la arbitrariedad de éste, sino también su bienestar económico o, al contrario, su más espantosa miseria. He aquí por qué esos execrables monstruos que fueron Hitler y Mussolini, que regentearon tanto la economía como el dominio político, gozaron de una autoridad infinitamente más grande que un Luis XIV o un Federico II, quienes no controlaron sino en muy corta escala los ingresos y los egresos materiales de sus súbditos.

¿Por qué azar las cosas llegaron a tal grado, que los pueblos de los Estados totalitarios podrían haber exclamado con envidia: “Felices los hombres de esos siglos liberales que fueron el XVII y el XVIII”?

Por lo tanto, no hay mayor error que el creer posible la coexistencia de un orden político liberal y democrático, y el de un régimen económico autoritario, como lo pensaban muchos republicanos franceses entre 1918 y 1939, cuando ya la economía dirigida comenzaba a ahogar cada día más la iniciativa individual. O la economía de coacción matará al Estado liberal, o el Estado liberal proscibirá a la economía de coacción.

Ahora bien, una vez establecido este paralelismo entre los dos órdenes políticos y económicos, es fácil percibir en la evolución económica contemporánea un gran peligro para todos los regímenes que se apoyan en el liberalismo político.

¹Ver página 93, primer tomo de mi *Gouvernement des Démocraties Modernes*. En mi libro, *La Crise et ses remèdes*, París, Librería de Médicis, 1938, página 212, he dado mayor precisión a la misma idea: “La economía dirigida... quita a la institución cardinal de las democracias modernas, al voto, toda su razón de ser: mercantiliza el voto, haciendo del mismo la operación más comercial y más interesada que pueda concebirse. Hunde al régimen republicano, del que hace una especie de monstruo.”

Sobre esto puede también consultarse mi obra reciente: *Suffrage Universel et Autorité de l'Etat*, París, Prensas Universitarias de Francia, 1949, 176 pp. in 8°.

Hasta hace un medio siglo eran muy pocas las empresas capitalistas que agrupaban numerosos asalariados. Casi toda la producción era obra de millares y millares de pequeñas empresas. La abundancia de explotaciones rivales establecía en forma completamente natural ese clima de libertad que en el orden económico se llama concurrencia. Así pues, hacia fines del último siglo existía una correspondencia natural entre el liberalismo económico que la técnica de la producción permitía entonces, y el liberalismo político, lo cual implicaba las creencias tan generalmente compartidas por esa época. ¡Dichosos tiempos, si los hubo, en los que libertades individuales y libertades económicas se apoyaban e implicaban recíprocamente!

Pero en el terreno industrial y comercial todo ha cambiado ahora; la técnica impone inexorablemente una concentración siempre en aumento, haciendo posible y en ocasiones hasta necesario el establecimiento de monopolios cada vez más vastos. Bien que particularmente en Francia con frecuencia se exagere el grado de concentración a que han llegado el comercio, la industria y la banca, es indiscutible que varios sectores industriales están actualmente dominados por empresas muy grandes y también que en nuestro país se han concertado numerosísimos acuerdos entre comerciantes e industriales. Estos monopolios y cuasi-monopolios así establecidos fomentan entre los productores el sentido y el gusto del poder. Y el público, sintiéndose abandonado a fuerzas que le sobrepasan, experimenta cada día más un “complejo de inferioridad” que lo incita a buscar protección en un estatismo que, por otra parte, es infecundo. La explotación del consumidor causada por la desaparición progresiva de la concurrencia, ha obligado al poder público a recurrir cada vez en mayor grado a métodos de economía dirigida, de donde deriva el reforzamiento necesario de su poder político. Todos los productores o comerciantes se han visto seriamente obstruidos en su actividad profesional. Todo se encadena en este proceso inexorable. No solamente el clima general se ha vuelto hostil al liberalismo político, sino que la evolución económica misma ha conducido al poder público a usurpar las libertades privadas y públicas que hasta hace poco eran consideradas como patrimonio indestructible de la humanidad civilizada. Así va el mundo: la mayor parte de las libertades conquistadas por el pueblo de Francia en una lucha secular contra los reyes y los emperadores, han sido pulverizadas en unos cuantos meses entre 1939 y 1940.

Si a partir de la liberación se nos han devuelto nuestras libertades políticas, no ocurre lo mismo con las económicas. La actividad agrícola, industrial, comercial, en teoría y en gran parte en la práctica, está controlada por los poderes públicos, ya que éstos fijan precios y salarios. De ahí

resulta nuestra libertad más disminuida de lo que estuvo cuando, degenerado el capitalismo privado, engendró *trusts* y *cartels* y se convirtió en monopolizador.

No hay quien no esté convencido de que existe un conflicto directo entre este gran capitalismo monopolizador y las libertades públicas. En los países democráticos hasta se ha convertido esta afirmación en uno de los dos o tres principales lugares comunes con los que sin cesar se alimenta la propaganda de todos los partidos de izquierda. Muchos llegan a decir que la existencia de grandes empresas capitalistas en un país excluye la existencia efectiva de todo régimen democrático, privando de significación al sufragio universal; que esas temibles potencias financieras, cuyo poder aumenta sin límites la leyenda, corrompen a la vez electores, representantes populares, prensa y funcionarios.

Lo más curioso del caso es que ni los mismos que propagan la idea de la omnipotencia de la corrupción capitalista se dan cuenta del carácter injurioso que esta afirmación implica respecto de quienes serían las víctimas de esa corrupción: porque es preciso tener tendencia a la venalidad para dejarse corromper, y el corrompido es tan poco digno de estima como el corruptor.

En nuestra opinión, las “potencias financieras” han influido al poder público mucho menos de lo que se ha pregonado siempre; por una parte, bajo la III República no todas las conciencias estaban a la venta; por otra, es conocer muy mal a los industriales para creerlos capaces de sacrificar gruesas sumas, ni siquiera para organizar una propaganda que les beneficie directamente; en este punto es menester tomar en cuenta la rapacidad de los capitalistas. Lo que demuestra lo bien fundado de nuestra opinión, es el hecho indiscutible de que desde hace tres cuartos de siglo, en Francia, los favorecidos por las elecciones han sido casi siempre *de izquierda*; de que toda nuestra legislación fiscal o social ha hecho caso omiso de los intereses capitalistas al grado de que desde hace treinta años el fisco devora lo más substancioso de las utilidades de las empresas; de que, en fin, desde hace mucho tiempo el poder público es en nuestro país radicalmente hostil, por principio, a toda gran empresa capitalista; actitud lamentable, porque para muchos esto es la explicación de que en el orden industrial y comercial Francia se haya dejado tomar la delantera por muchos países extranjeros. Creemos que las observaciones precedentes bastan. Sin embargo, reconocemos que, hasta el advenimiento de los regímenes de economía dirigida, la existencia en un Estado de enormes empresas capitalistas que en un cierto grado fueran una amenaza no sólo para la libertad efectiva de la prensa, sino para la independencia de

los titulares de cargos de elección y para los funcionarios, han sido mucho más raras de lo que se piensa, al menos, hasta 1939, en que aceptaron dejarse *influir*.

Pero he aquí que ahora, con la economía dirigida, la situación ha llegado a ser mucho más grave. No es posible que los comerciantes e industriales gocen de independencia frente al Estado, si saben que la obtención de materias primas o de otros artículos de los que tienen absoluta necesidad para no clausurar sus negocios, depende de las autorizaciones administrativas; si mediante la fijación de los precios, de los salarios y de los impuestos, el Estado discrecionalmente coloca a las empresas en situación de obtener ganancias o, al contrario, de registrar pérdidas, y llegar hasta a la quiebra.

Además, ya lo hemos dicho, cuando el poder público regula por medio de decretos los ingresos de todos los ciudadanos, el sufragio universal pierde todo su valor como medio de expresión del pensamiento político o de ideas morales. Así pues, bien claro se ve el grado a que la actual dirección autoritaria de la economía por el Estado altera el funcionamiento de las libertades públicas, en mucho mayor grado de lo que en otro tiempo lo hiciera el tan censurado capitalismo monopolizador.

¿Será menester agregar que entre todo socialismo de Estado, toda planificación general de la economía, por una parte y las libertades privadas y públicas por otra, el antagonismo es mayor que entre éstas y los regímenes de pura y simple economía dirigida? Hasta el presente, los diversos regímenes socialistas conocidos —excepción hecha del régimen cooperativo— implican que un órgano central, habitualmente el Estado, regule soberanamente la producción decidiendo de la cantidad, calidad y precio de todas las mercancías. Semejante planificación general de la economía exige necesariamente que el Estado esté investido también de los más amplios poderes políticos. Quien dice socialismo económico, dice compulsión, tanto política como económica. Lo prueba de modo relevante el ejemplo de la Rusia soviética.

Si todo socialismo es inseparable de una planificación acordada, ejecutada y mantenida por el poder público, he aquí el terrible dilema al que no escaparía una democracia como la nuestra: conservar las libertades humanas, pero renunciar al principio socialista, conservando el mecanismo capitalista, o bien aplicar el programa socialista, resignándose en cambio a privarse de sus libertades individuales. Pavorosa alternativa a la que no ha podido darse ninguna solución satisfactoria. Este libro tiene la ambición —grande, ciertamente—, de resolver esta cuestión crucial: vamos a investigar si no será posible encontrar un régimen económico que tenga

la incomparable ventaja de asociar la equidad en el reparto de los ingresos que es el más suculento fruto del socialismo, con el mantenimiento de las libertades políticas.

II. EL PROBLEMA ECONÓMICO PRIMORDIAL: ACRECENTAR LA PRODUCCIÓN Y, EN CONSECUENCIA, EL BIENESTAR GENERAL

Una vez resuelto el problema capital de las libertades humanas por salvaguardar, se plantea una segunda cuestión de gran importancia.

Como todos los pueblos que participaron en el conflicto mundial, Francia se encuentra no solamente en la necesidad de reparar la destrucción material de que fue objeto, sino también en la de elevar su producción a un grado sensiblemente más elevado que el de 1938, si no quiere descender a un deplorable nivel en el concierto de las naciones; así pues, le es indispensable gozar de un régimen económico que no solamente no disminuya la producción, sino que la acreciente. Por lo tanto, es de desear que se recupere y aun sobrepase nuestro nivel de vida de 1938, al mismo tiempo que se mejore dentro de lo razonable la situación del productor, por más que la remuneración y descansos de que disfruta, en igualdad de circunstancias, no puedan aumentarse sin arrastrar, en cambio, un descenso en la cantidad producida, con precios de venta más elevados. Las dos calidades de productor y consumidor son complementarias; todo lo que obtiene de más una de esas categorías, falta forzosamente en manos de la otra.

Siendo enorme el progreso que en estos últimos años ha alcanzado la técnica, no tiene nada de sorprendente que a despecho de la destrucción producida por la guerra, nuestra época aspire a un bienestar mayor al que disfrutábamos antes de 1938. Más productos para el consumo y de mejor calidad que antes, tal es, sin duda, al influjo de las ideas materialistas, el propósito más ardiente de nuestra época. Anheló en admirable paralelismo con la decadencia que al presente manifiesta la humanidad en el orden espiritual.

El nivel intelectual general ha descendido en todos los países a un plano muy inferior al que guardaba hacia 1900, por ejemplo. Las dos guerras mundiales, haciendo de la alimentación y de las necesidades elementales de la vida la preocupación principal de la mayor parte de los hombres, tanto civiles como combatientes; la frecuente negligencia de la juventud por los estudios; la singular afición de esta época por todo lo que es pura velocidad y trepidación —ferrocarril, automóviles, aviones— por todo lo que es ruidoso o visual —radio, cine, propaganda bajo todas

sus formas—, han sido y son todavía una terrible prueba para el cerebro humano. Por eso los hombres capaces de pensar y de reflexionar que aún quedan son cada vez más raros.

A despecho de las acciones heroicas realizadas por una minoría de hombres de alma indomable, y de la actividad intelectual de la que pequeños grupos selectos dan aún testimonio, desgraciadamente la época contemporánea marca el triunfo del espíritu gregario, de la palabrería, de las frases publicitarias, a la vez que de la falta de carácter, del egocentrismo, a las veces hasta de la crueldad. Así se explica que el siglo xx, que en su principio se creyera destinado a un progreso indefinido en todos sus aspectos, desde el punto de vista moral e intelectual haya sufrido bruscamente una lamentable regresión, en contraste con la cual las ciencias físicas y las artes técnicas, que condicionan la producción material, jamás han conocido un mayor florecimiento. Si el hombre se domina a sí mismo cada vez menos, en cambio, ha adquirido la capacidad de dominar cada vez más la naturaleza. De aquí ha resultado una fuerza de producción económica absolutamente sin precedente y la ambición de los hombres de este tiempo de disfrutar rápidamente de un bienestar económico que antes de ahora jamás se había alcanzado.

Sin embargo, será menester ponerse en guardia contra ciertos regímenes económicos, aun entre los más encomiados, que puedan tener por resultado impedir el enriquecimiento material e incluso hasta provocar un descenso muy grande en nuestro nivel de vida. Investigaremos si el socialismo de Estado en el que actualmente casi todos ven el sucesor del capitalismo privado, no sería, por el contrario, más bien propio para hundir nuestro bienestar económico a la vez que para socavar nuestras libertades. Así pues, contrariamente al optimismo un tanto ingenuo del siglo XVIII, en nuestro tiempo la historia no requiere tanto el progreso material de la sociedad, cuanto el progreso moral.

III. SEGUNDO PROBLEMA ECONÓMICO: EVITAR LAS CRISIS DE DESEMPLEO

Otra preocupación cardinal de nuestra época es evitar la plaga del desempleo, de atenuar hasta donde sea posible las crisis cíclicas. Fueron tan grandes los males causados en el mundo entero por la crisis de 1929-1934, tales los recuerdos que dejó en los diez o doce millones de desocupados con que afectó a los Estados Unidos, a los también millones de “sin trabajo” que hubo en Inglaterra, Alemania, Italia por la misma época, que la idea de contar siempre con trabajo ha llegado a ser una obsesión del proletariado industrial de las naciones europeas y de todo el mundo. Esto

es natural, porque agricultores, comerciantes e industriales se ven también arruinados por toda depresión durable. Como toda gran crisis cíclica agota las fuentes de ingresos de casi toda la población y agudiza los conflictos sociales, tanto la población como el poder público han llegado a cobrar a esta desgracia tanto horror como a una guerra mundial, lo que es realmente muy exagerado.

Como el evitar las crisis se ha convertido en una idea fija, obsesionante, hemos visto producirse un fenómeno sociológico curiosísimo. Se ha declarado en todas las clases sociales un género de locura completamente nuevo: la insania de contenido económico. En general puede dividirse ésta en dos clases, según que el objeto del cual depende la locura del enfermo sea de preferencia la moneda, o bien se refiera únicamente a la coyuntura.

Las grandes perturbaciones monetarias que desde 1914 ha provocado en todo el mundo el lamentable abandono del talón oro, han incubado un número ilimitado de panaceas, lucubraciones de mayor o menor grado de fantasía, con las que algunos autodidactas, convencidos de ser unos geniales inspirados, han creído aportar al mundo revelaciones inapreciables. Uno inventará la moneda fundente, es decir, una moneda que perdiendo cada día una trescientos-sesentava parte de su propio valor, descende a cero en el término de un año. Remedio soberano, según parece, para evitar todas las crisis. Los preconizadores de este método consideran que nada es más peligroso para que la vida económica se mantenga a un ritmo igual, que la formación del ahorro por los particulares. Suponiendo el remedio eficaz, aún sería peor que el mal mismo, porque no solamente impediría el aumento, sino hasta la conservación del equipo agrícola e industrial del país. Otra fantasía inventará una doble moneda: una que deberá servir sólo para la compra de bienes de consumo y otra para la compra de bienes de producción. Un tercero inventará la moneda-producción y la moneda-ahorro, simple variante de la concepción precedente.

Lo más sorprendente en esta floración de descubrimientos, es que en la misma época hayan coincidido y surgido repentinamente tan gran cantidad de genios, porque lo normal es que a nuestra pobre humanidad no le sea dado contar en un mismo momento con una tal abundancia de espíritus superiores. También es para sorprender que ninguno de estos inventores haya observado que desde hace algunos milenios la humanidad había vivido con metales como símbolos monetarios y que quizá no fue por simple azar el que la libertad de cambios, con el oro como talón internacional, diera tan admirables resultados en el siglo XIX. En fin, bien podían haber pensado esos audaces innovadores, que un sistema monetario no puede nacer de un golpe, de una invención individual, como Minerva del cerebro de Júpiter, sino que inevitablemente deriva de una larga práctica.

Sin duda todo esto era demasiado sutil para espíritus tan elementales como los que nos ocupan, o bien las conmociones sociales que les tocó vivir han sido tan violentas que su cerebro no pudo resistirlas. Por otra parte, cuando se ignora por completo la realidad, dejándose llevar de la fantasía es fácil que a voluntad se supongan las causas imaginarias que se quiera. Una vez más se demuestra que no hay como tener un poco de instrucción para sentirse modesto. Jamás un régimen económico ha podido existir, por poco durable que fuese, si no corresponde tanto a la naturaleza psíquica del hombre, como a la naturaleza material de las cosas. En el orden económico, como en cualquier otro, muchas cosas que existen pueden ser defectuosas y necesitar rectificación, pero ninguna de ellas es verdaderamente arbitraria y sin fundamento.

En cuanto a las utopías cuyo centro de gravedad son las crisis, también son legión. Muchas de ellas, apelando a una innovación de orden monetario, se relacionan con la categoría precedente; otras son de orden extra-monetario, como las panaceas que de cerca o de lejos, reposan sobre la hipótesis de que la crisis proviene de la insuficiencia del poder de compra de los consumidores. Esta es la idea principal de esos pretendidos planes salvadores. Sin embargo, basta un mínimo de reflexión para convencerse de que cuando un bien de consumo es puesto en el mercado, inevitablemente ha dado ya lugar a la atribución de toda una serie de remuneraciones, ya que los agentes de la producción son siempre pagados al contado, es decir, semanas o meses antes de que el producto sea ofrecido al consumidor. Lo único que crea una diferencia entre el total de todos los gastos de producción y el precio de venta del producto, es el monto de la utilidad neta que se reserve el productor, si puede hacerlo. Así pues, si el público dispone de un ahorro, por pequeño que sea, es fácil hacer al empresario una especie de adelanto de la utilidad que pretende ganar.

Aun esa utilidad no se retira por mucho tiempo del circuito económico, porque ya sea que el empresario afecte esa ganancia a sus gastos personales, ya sea que la invierta de nuevo en su empresa o en otros negocios, este poder de compra reaparece muy rápidamente en el mercado de productos acabados o en el de medios de producción. De modo que no es por falta de poder de compra por lo que estallan las crisis. Sin duda estas observaciones elementales e incontestables son demasiado simples y demasiado pertinentes para haber sido claramente percibidas, porque es un hecho corriente que antes de discernir las explicaciones verdaderas, el espíritu humano se deja llevar por muchas hipótesis complicadas y oscuras. Dejando estas observaciones para completarlas más adelante, por ahora vamos a procurar esbozar a continuación una teoría satisfactoria de las fluctuaciones cíclicas.

En todo caso, toda persona que tenga alguna cultura económica sabe que las fluctuaciones cíclicas son el tema más arduo de toda la economía política y que su estudio supone el conocimiento de todas las otras partes de esta disciplina. Todas las investigaciones serias demuestran que está en la naturaleza de los valores económicos el sufrir fluctuaciones, como está en la naturaleza de los océanos tener mareas. Por lo tanto, pensamos que toda razonable ambición humana se limita a tratar de atenuar la amplitud de esas oscilaciones. Si los economistas están divididos acerca de éste, como acerca de tantos otros temas, salvo que se admita que en todos los países representan éstos la parte menos inteligente de la nación, habrá que reconocer que sus desacuerdos se deben a la extraordinaria dificultad de esta clase de estudios —nuestras investigaciones son el prototipo de la investigación falsamente fácil— a la pobreza de nuestros medios de investigación, a la complejidad de esta disciplina, obligada sin cesar a establecer un puente entre las relaciones psíquicas de la naturaleza humana y las realidades objetivas de la producción material.

Así pues, cuando se aborda esta investigación sin tener para ello una previa y amplísima preparación basada en serios estudios, es una verdadera locura esperar que se encontrará un remedio radical, o siquiera sea parcial, a las fluctuaciones económicas.

Mientras el público no haya comprendido que pronunciarse en materia económica en un sentido u otro, es tanto o más difícil que hacerlo en medicina o en química, por ejemplo, materias en que la experimentación, la comprobación objetiva de la realidad no es tan defectuosa, las multitudes, en particular las masas electorales, acariciarán siempre la esperanza engañosa de obtener milagros y recurrirán a subterfugios que no producirán otra cosa que desastres —tal es, por ejemplo, la idea de que un alza general de salarios aumentará el poder de compra de la clase obrera, cuando lo que hace es disminuirlo y hundir la moneda—, y no cesará la incubación de locuras de contenido económico.

En esta obra procuraremos investigar la medida en que el sistema cooperativo es susceptible de atenuar, o al contrario, de agravar las crisis económicas y, en consecuencia, de dar o no satisfacción al deseo ardiente de los pueblos de evitar la angustia del desempleo.

IV. EL PROBLEMA SOCIAL. UNA CUARTA ASPIRACIÓN QUE ES GENERAL EN NUESTRA ÉPOCA: LA DE ESTABLECER LO ANTES POSIBLE UNA MAYOR JUSTICIA SOCIAL ENTRE LAS DIVERSAS CLASES DE LA SOCIEDAD

No solamente los asalariados, sino todas las personas con espíritu independiente, entre las que se cuentan un gran número de intelectuales, desde

hace mucho tiempo están profundamente disgustados por el defectuosísimo reparto que se hace del ingreso nacional entre las diversas capas de la población. Desde el punto de vista de la conciencia moral, no cabe duda que muchos jefes de grandes y aun medianas empresas; una gran cantidad de comerciantes, de especuladores, de traficantes de todos géneros; un número, que por otra parte ha disminuido mucho, de propietarios de tierras e inmuebles, y grandes accionistas, perciben ganancias que nos parecen desproporcionadas en atención a lo que por su esfuerzo o por su mérito debería corresponderles.

A primera vista observamos cuán arduo, casi inextricable, es este problema del reparto social de los ingresos. ¿Cómo no darse cuenta de que para valorar la justa retribución que cada uno de nosotros merece jamás se ha podido imaginar ningún procedimiento de medida, ningún método de cálculo objetivo? Esta comprobación se pasa casi siempre por alto, sin duda porque a la vez que fundamental, es desalentadora.

La inteligencia que ha sido dada al hombre le permite observar y prever la marcha de los astros a través de la inmensidad infinita del espacio, analizar la estructura más íntima de la materia, descompuesta en átomos y éstos en iones, y elevándose a las más difíciles especulaciones, elaborar una geometría tetradimensional y estudiar los fenómenos físicos por el método matemático de los *quanta*. El hombre ha podido construir aviones desplazándose a más de 2 000 kilómetros por hora en la estratósfera y lanzadores de obuses que envían los V2 a varios cientos de kilómetros. Pero ningún hombre ha podido decir todavía, salvo con la más grande arbitrariedad, cuál es la proporción exacta que en equidad debería establecerse entre los emolumentos del jefe del Estado y los de un ujier de ministerio; entre el sueldo del ingeniero de minas y el de una dactilógrafa, y todavía menos entre el director general de una gran empresa y el minero que golpea el carbón en la mina o el obrero no calificado. Toda evaluación flota aquí necesariamente en una inmensa zona de indeterminación.

Es desesperante comprender, para lo que vale tener una inteligencia no muy limitada es suficiente, que jamás se ha propuesto y que jamás se descubrirá el método que, aunque sea en forma aproximada, permita calcular con evidencia, de un modo ante el cual toda persona de buena fe deba inclinarse, la escala que deba establecerse entre los sueldos y las ganancias de todos los habitantes de un país, o, por lo menos, entre las diversas categorías de una misma administración o industria. En todas las civilizaciones y en todas las naciones, la agudeza de la cuestión social, muy diferente en los diversos lugares, viene siempre, y siempre vendrá, de la falta de este instrumento ideal de medida que permita dar a cada uno lo suyo.

LA REVOLUCIÓN COOPERATIVA

37

Tres cosas son igualmente ciertas en este campo:

1) *En primer lugar, no se podría pensar en establecer la igualdad absoluta de emolumentos y de ingresos entre todos los hombres.* Aunque algunas veces se haya sostenido lo contrario, hay igualdad virtual de necesidades en el sentido de que casi todos sienten una serie indefinida de éstas. A primera vista, tomada al pie de la letra, esta proposición no parece cierta. En efecto, hay seres tan rudos o tan prudentes, que son perfectamente felices con un pequeño número de bienes de consumo que tienen a su disposición. No consideramos aquí el caso del pobre ebrio, tan embrutecido, que los vasos de vino que su magra ganancia le permite beber lo dejan completamente satisfecho, sino el del hombre prudente, más o menos filósofo, a quien satisface plenamente una vida sencilla en el campo o en una pequeña ciudad de provincia. Tales hombres son tan excepcionales, que casi no pueden debilitar la ley de la insaciabilidad de los deseos humanos, que hemos planteado. Por otra parte, y más detenidamente considerado, esos ejemplos no prueban absolutamente nada. El ebrio se siente perfectamente feliz porque está medio idiota; en cuanto al hombre prudente, a quien una vida simple basta, no se debe a que no anhele ni desee nada, sino que por mera resignación cree preferible no desear para los suyos ni para sí mismo nada fuera de aquello con que cuenta.

Los únicos que realmente no desean ningún otro bien material que fuera de aquellos de que disponen, son los miembros de las órdenes religiosas, los santos, pero es que para ellos el despojo de los bienes de este mundo es la condición misma de sus goces espirituales. La espiritualidad de que están iluminados los separa de la sociedad económica en la que nosotros vivimos. Así pues, su existencia no podría ser un mentís a la ley general que acabamos de considerar.

No sólo es ilimitada la serie de muchas de las necesidades elementales, sino que por grandes que sean sus ingresos, cada ser humano desearía tener más, aunque no fuera sino a causa de sus prójimos, sus amigos o las obras sociales en que colabora. Siendo ilimitadas las necesidades y las aspiraciones de cada ser humano, hay pues, igualdad virtual de necesidades entre los hombres, puesto que en lo infinito todo es igual y se confunde.

Pero a despecho de esta igualdad de necesidades, se lesionaría gravemente la justicia más elemental si todos los hombres recibieran un ingreso igual. Porque es un hecho evidente que de un hombre a otro son muy diferentes los esfuerzos, las capacidades, en resumen, el mérito. Puesto que no disponemos de un módulo objetivo para juzgar del mérito de un hombre determinado, no podemos precisar la jerarquía que sería justo

establecer entre los ingresos de cada uno de los diversos hombres. Pero por lo menos sabemos con certidumbre que la igualdad de los ingresos de todos rompería toda equidad, porque, ¿cómo sería posible que no se diera una mayor remuneración a aquellos cuyo papel social o económico es importantísimo, lo mismo que a los que gastan sin descanso sus energías en bien de la colectividad, que a aquellos cuyo papel es ínfimo o que durante toda su vida no habrán hecho sino dar un deplorable ejemplo de negligencia o de apatía? La igualdad matemática de ingresos sería, pues, un escándalo. Y saber esto es ya un conocimiento de riquísimo contenido.

2) *Segunda comprobación evidente*, pero que siéndolo tanto, no ha llegado a ser todo lo común y corriente que sería de desearse: Jamás ha existido en el mundo ninguna época en que el reparto de los ingresos haya tenido nada de equitativo. Es una idea corriente, pero muy inexacta, que la injusticia en la distribución de las riquezas es un fruto exclusivo de la organización capitalista, lo que significaría que este defectuoso reparto es una tara reciente de la sociedad. No hay idea más falsamente inventada. ¿Cómo imaginarse que en la antigüedad o bajo el antiguo régimen, es decir, en esos regímenes precapitalistas, el reparto de los ingresos entre las clases o entre los hombres, no haya dejado mucho que desear? ¿En qué siglo no han sido escándalos públicos las ganancias individuales absolutamente desproporcionadas a los méritos? Ahora bien, es preciso hacer notar claramente que en todos los tiempos esos exageradísimos enriquecimientos no sólo se han realizado por ricos comerciantes, hábiles intermediarios o deshonestos especuladores. ¿De qué modo se trataría de excusar, por ejemplo, el hecho de que en todas las grandes ciudades, no solamente los actores de cine, célebres por el momento, los cantantes o los boxeadores en boga, sino también las cortesanas, cuya belleza parece irresistible a los hombres, tengan ganancias anuales a las que no se aproximan ni las de los sabios, ni las de los consejeros de Estado, ni siquiera las del presidente de la Corte de Casación?

Estamos tan habituados a comprobar estas situaciones, que conozco muy pocos autores socialistas que las hayan denunciado. Y sin embargo, ¡es altamente inmoral ver a una cortesana o bien a un actor de cine ganar tanto o más dinero que el gerente de una gran sociedad! Este último proporciona día tras día un trabajo considerable y, sobre todo, por el valor de su gestión, rinde un grandísimo servicio a la comunidad nacional. Lo más frecuente es que su remuneración represente mucho menos del 1 por ciento de la cifra de negocios de la sociedad que dirige. Ahora bien, una mala gestión se traduce en el 10, 20, 30 por ciento de pérdidas en relación con la misma cifra de ventas, es decir, 10, 20, 30 veces más.

¿Por qué los autores socialistas se indignan siempre por la ganancia capitalista y muy raramente lo hacen por la ganancia de la cortesana o del actor de cine en boga?

La verdad es que en todos los tiempos y en todas las sociedades humanas han existido numerosos enriquecimientos desmesurados, sin que hayan tenido por causa el régimen capitalista. Sólo el carácter defectuoso de la naturaleza humana, la violencia y aun la bajeza de las pasiones explican que intermediarios clandestinos, cineastas, cantantes de cabaret en boga, puedan llevar un gran tren de vida, mientras que los sabios que hacen los más valiosos descubrimientos para vencer las enfermedades humanas, deban contentarse con una modesta remuneración. Aunque alguna culpa tenga por doquier el capitalismo, lo cierto es que con frecuencia grandes injusticias en el reparto tienen también por causa las debilidades de la naturaleza humana, más que el régimen económico. De modo que las multitudes, que con sus apasionamientos son la causa del rango concedido a los actores célebres, con frecuencia deberán acusarse a sí mismas de la injusticia en el reparto, sin limitarse a creer cómodamente que no tiene más origen que el capitalismo.

La injusticia en el reparto es, pues, de todos los tiempos y, como quiera que sea, no podrá desaparecer completamente por más que la naturaleza humana, por instinto, se oponga a ello radicalmente.

3) *Tercera afirmación: Nuestra conciencia moral nos plantea como un imperativo la afirmación de que es indispensable mejorar el reparto social de los ingresos, pero es menester persuadirse también de que no es cuestión que pueda resolverse con discursos.* Quienquiera que sea capaz de formarse una visión general de las cosas humanas, reconocerá la exactitud de este juicio esencial; ninguna institución es arbitraria, propiamente hablando, lo mismo en el orden económico que en cualquiera otro; todas las cosas humanas tienen una causa natural muy sólida; en ocasiones buena y elevada, otras veces baja o mediocre. Lo que hace la fuerza del capitalismo es que éste constituye el fruto espontáneo del egoísmo humano. Por mucho que desde el punto de vista moral podamos lamentarlo, la propiedad privada y la apropiación individual de las utilidades siguen siendo el móvil más poderoso de la actividad del hombre. Por lo tanto, es pueril imputar casi exclusivamente al capitalismo la codicia que, desgraciadamente, es ante todo un hecho humano y aun ambicionado el advenimiento de un régimen más equitativo, se impone reconocer que como el capitalismo es algo así como la expresión natural de la avidez humana en el plan económico, de ahí resulta su fecundidad natural. Ningún ejemplo mejor que el de los Estados Unidos, que en plena guerra mundial

lograron más que doblar su producción internacional, lo que prueba que, independientemente de toda cuestión de equidad social, el mecanismo capitalista es extremadamente productivo.

No se trata en modo alguno de negar las graves transformaciones que al presente sufre el régimen capitalista, que en muchísimos sectores ha renunciado a una de las reglas del juego, a saber, la libre y recíproca emulación entre los productores. Si hacemos notar el carácter espontáneo del capitalismo, es sólo para mostrar la enorme dificultad que hay para poder substituirlo por un orden igualmente fecundo, pero que sea mucho más equitativo. Puesto que el hombre es y continúa siendo egoísta, ¿cuál será el método para construir un régimen económico y social mejor, teniendo por base instintos tan defectuosos? Tal es la cuestión crucial a la que este libro ambiciona dar una respuesta. Por lo pronto, observaremos que todos aquéllos, por cierto numerosísimos, que hablando de construir una ciudad nueva olviden el egoísmo humano, están anticipadamente condenados al fracaso.

La solución de este problema capital, hasta hoy insoluble, es ardua, ya lo hemos dicho, porque lo mismo que ayer, mañana tampoco dispondremos de una medida objetiva que nos permita valorar de modo preciso la justa retribución que cada uno merecerá por su trabajo y su capacidad. Será, además, ardua porque el orden económico que se instituya, encima de que deberá manifestarse tan fecundo como el abolido, tendrá que ser capaz de realizar este milagro: hacer desaparecer el funesto complejo de inferioridad que actualmente aqueja al obrero, dominado y envuelto como está en los vastos mecanismos capitalistas que lo oprimen convirtiéndolo en una simple pieza puesta sobre el tablero de las batallas industriales; brevemente, deberá poner fin a la nefasta lucha de clases que no siempre ha existido entre los hombres y que en lo futuro debe desaparecer, como en el pasado han desaparecido la esclavitud, la servidumbre, las obligaciones feudales, la trata de negros y como, para la mayor felicidad del hombre, deberán también cesar las horribles carnicerías de las guerras militares. No cabe duda que nuestra ambición es grande. Sin embargo, o bien la solución que desde el siglo pasado se busca a este enorme problema podrá al fin encontrarse, o la paz social entre las clases, condición de todo progreso, no podrá lograrse. Tal es el dilema terrible del esfuerzo que se impone a nuestra generación. Tan fecundo es el principio cooperativo, que quienes lo pongan en práctica obtendrán frutos más copiosos que los esperados.

4) *Una última aspiración* alienta en la conciencia moderna, esta vez en el campo internacional.

Son muchas las personas que atribuyen a los factores económicos una importancia exagerada en nuestra opinión, y estiman que el mantenimiento futuro de la paz depende esencialmente de ciertas condiciones materiales, fuera de las cuales, dicen, la conflagración entre los pueblos no podrá evitarse. Sustentar este criterio equivale a creer que el móvil esencial de las guerras no son las pasiones políticas, la sed de dominación de los pueblos belicosos respecto a los que sólo aspiran a la tranquilidad. Porque es de una evidencia absoluta que la voluntad, puede decirse unánime, que tuvo Alemania —en este punto no ha habido dos Alemanias— de “domesticar”, no sólo los pueblos de la “Mittel-Europe”,² sino de regentar toda Europa y gran parte del mundo y aun el mundo entero, fue la razón capital de las dos guerras mundiales, con las que —tan criminalmente— el Reich incendió el universo.

¿No resulta divertido comprobar que, en términos generales, son las personas desprovistas de cultura económica las que casi invariablemente descubren la raíz de toda guerra en las circunstancias materiales de la producción actual de los bienes, mientras que la mayor parte de los economistas, al igual que nosotros, proclaman el carácter secundario del móvil económico, afirmando, por lo mismo, el predominio indiscutible de los móviles pasionales? En particular, cualquier persona que tenga de esta cuestión un conocimiento directo, sabe que el primer Reich, cuyo símbolo era Guillermo II, había llegado a asegurar a su nación un nivel de prosperidad material a tal punto elevado, que la emigración alemana, que antes de 1900 alcanzaba cada año varios cientos de miles de alemanes que dejaban definitivamente su patria, de 1910 a 1914 había descendido a una cifra ínfima: alrededor de 50,000, a despecho de los 800,000 a 900,000 habitantes que, por la misma época, formaban cada año el excedente de nacimientos sobre decesos. Esto demuestra en forma evidente que la guerra de 1914 tuvo por causa la voluntad de poderío del estado mayor alemán, y de ningún modo motivos económicos.

Muy parecido ha sido el caso de 1939, porque a pesar de las tendencias tan poco pacíficas del Estado alemán, aun antes del advenimiento de Hitler, las potencias anglosajonas habían liberalmente adelantado al III Reich más de veintidós millares de marcos-oro, que en gran parte han perdido o, mejor dicho, les han sido reembolsados por Alemania bajo la forma de obuses o de V2. ¿Qué no hubieran hecho esas mismas potencias antes de 1939 para procurar un verdadero bienestar a las poblaciones del otro lado del Rhin, si la nación alemana hubiera aceptado el trazo de

² En alemán en el original. Se han dejado en el respectivo idioma todas aquellas expresiones que en la obra original van en lenguas distintas a la francesa.

las fronteras que tan equitativamente habían tenido cuidado de fijar los tratados de paz de 1919 y 1920?

Se necesita tener una visión totalmente falsa del punto de vista económico, para creer que declarar y ganar una guerra puede en nuestra época tener alguna ventaja económica, por débil que ésta sea. Ciertamente, antes de que la guerra se hubiera convertido en total, englobando mediante el trabajo obligatorio, el hambre, los bombardeos y las deportaciones tanto a civiles como a militares, hacer la guerra para enriquecerse habría sido un cálculo infame, pero exacto en sí. Aunque lo haya negado, no sin algunas razones secundarias, Alemania ha obtenido un gran provecho de su rápida y decisiva victoria sobre Francia en 1870-1871. Pero esa guerra fue la última conflagración europea que se pagó a sí misma. Desde entonces, toda guerra exige un esfuerzo tan desmesurado de todos los beligerantes que, al final, vencedores y vencidos se encuentran igualmente agotados; el vencedor no puede obtener de los vencidos otra cosa que reparaciones insignificantes en comparación con los enormes gastos realizados y las ruinas amontonadas. Así pues, si un ápice de razón o simplemente si los economistas y los comerciantes gobernaran los pueblos, jamás tendría lugar ninguna guerra. Lejos de ser la economía un factor de guerra, como lo pretenden muchos espíritus superficiales, es y será cada día más, el mayor factor de paz que pueda encontrarse en el mundo. Porque es de la esencia de los valores económicos que por imperfecto que para una de las partes contratantes pueda ser, cualquier acuerdo pacífico vale por lo menos infinitamente más que el más ventajoso de los tratados de paz obtenidos después de una victoria militar. Esta es la razón por la cual todo lo que se ha dicho antes de 1939 sobre la necesidad de modificar el reparto internacional de las materias primas es muy discutible, como tendremos ocasión de demostrarlo más adelante.

Por el contrario, los más poderosos móviles económicos abogan en favor de que en Europa se establezcan lo más pronto posible vastos mercados económicos. Los extraordinarios progresos que la técnica industrial ha obtenido en nuestros días tiene como consecuencia que si la producción de muchos artículos se realiza en grandes cantidades, el precio de costo resulta muy sensiblemente disminuido. En general, la industria europea no podría luchar con la de los Estados Unidos en los mercados de exportación, si no comenzamos a establecer sobre nuestro continente vastas zonas de venta en las que todas las mercancías puedan circular con franquicia de toda clase de derechos aduanales. De aquí la idea de las uniones aduaneras, tan en boga en el momento actual. El Benelux, que engloba desde ahora a Bélgica, Luxemburgo y Holanda en un bloque económico cada vez más homogéneo, es la primera realización de esta

LA REVOLUCIÓN COOPERATIVA

43

gran idea —fuerza—. De ahí también las negociaciones, ya muy avanzadas, entre Francia e Italia, para hacer de esos dos países una sola unidad económica y aduanera. El siglo xx está caracterizado, no se ha insistido lo suficiente sobre esto, por el conflicto fundamental creado por la oposición entre el interés evidente de establecer grandes mercados, por una parte y, por otra, la voluntad de los pueblos de construirse en grupos nacionales y de gozar, como tales, de una real soberanía, tanto política como económica. Esta aguda oposición que actualmente existe entre los desiderata de la economía y el deseo de autonomía de los pueblos, es un fenómeno reciente. Durante siglos, mientras que la técnica de la producción fue tan rudimentaria que no había ninguna ventaja en producir las mercancías en muy grandes cantidades, bastaba un mercado exiguo para dar salida a los artículos fabricados. Pero nos encontramos con que desde hace unos cincuenta años tal situación ha cambiado para un gran número de productos. Además, no hay quien pueda predecir cuál de esos dos factores prevalecerá: el económico o el político. Con el estilo tajante que lo caracteriza, en 1867 Carlos Marx profetizó en su *Capital*, que seguramente predominaría el móvil económico, porque, ¿no ha afirmado el materialismo histórico que la evolución de los sentimientos políticos y aun morales o religiosos no es otra cosa que el efecto de las modificaciones que el progreso de la técnica imprime en los modos, de la producción material de las mercancías? De modo que de ser así, al requerir la técnica económica la ampliación de los mercados, los pueblos dócilmente se habrían sometido a esta presión y, sobre el altar de la economía, abriendo todos sus fronteras a los productos extranjeros, habrían abdicado su independencia económica y, en consecuencia, política. Ahora bien, ¿qué es lo que pasa? Exactamente lo contrario de lo que predijo Marx. En los tratados de 1919 y 1920, que dieron nuevas bases a Europa, la voluntad de los pueblos de vivir autónomamente predominó ventajosamente sobre cualesquiera consideraciones de orden económico. Los pueblos que habían vivido oprimidos durante mucho tiempo, como el checoslovaco y el polaco, emergiendo al fin a la vida política, vieron su independencia reconocida, aunque sólo pudieron disponer de mercados muy restringidos. El número de Estados de Europa aumentó, y el “gran mercado” que antes constituía Austria-Hungría fue despedazado; por lo tanto, fracaso total de la tendencia a la ampliación de los mercados. Piénsese también en los tres Estados bálticos y en Albania, de los que podía prever que no sobrevivirían a la segunda Guerra Mundial, como colectividades autónomas. Y así ha sido, pero fue por un motivo político, no por una razón económica, por lo que esas pequeñas colectividades perdieron su autonomía: la voluntad de Rusia y de Yugoslavia de anexárselas. ¿Cómo

comprender también el sorprendente y reciente despertar del flamenco en Bélgica o de lenguas casi desaparecidas, tales como el gálico en Irlanda, el estoniano, la lengua primitiva de Noruega, si no hubiera habido una primacía decisiva del factor pasional y humano sobre el factor técnico y económico, fracaso muy claro, en suma, del materialismo histórico?

Si la historia humana tuviera por infraestructura la técnica de la producción, serían inexplicables en el siglo xx el despertar y el ruidoso triunfo del principio de las nacionalidades en los tratados de 1919.

¿Han predominado los móviles políticos sobre los económicos al fin de la segunda Guerra Mundial, lo mismo que en los tratados 1919-1920? La respuesta no tiene la menor duda. El móvil político ha sido dominante, sólo que en vez de tratarse de la voluntad de liberar los pueblos o las minorías oprimidas, en esta ocasión ha sido y continúa siendo la voluntad de cierto Estado, la U.R.S.S., de establecer su control sobre muchos de los pueblos de medianas o pequeñas dimensiones, las naciones balcánicas. Al adjudicarse esos Estados satélites, Rusia logrará crear de este modo una vasta zona de venta, pero es bien evidente que la razón decisiva de esta creación es de orden político: la voluntad de poderío que anima a Stalin, sucesor y continuador de Pedro el Grande, "unificador" de las tierras rusas a principios del siglo XVIII.

En cuanto a los pueblos de la Europa occidental, es tan fuerte su voluntad de salvaguardar su independencia nacional que hace infinitamente laborioso todo esfuerzo tendiente a la formación de esta unión occidental que, tanto desde el punto de vista económico como desde el de la seguridad militar, cada día aparece, sin embargo, como más indiscutible. Así, tanto al este como al oeste de esta lamentable línea Stettin-Trieste, que corta en dos partes a Europa, los móviles de alta política han predominado sobre las consideraciones económicas. Una vez más los hechos han desmentido el fundamento de la concepción materialista de la historia.

Frente a estas dos aspiraciones características de nuestra época, la creación de grandes mercados de venta, la equitativa distribución universal de las materias primas por una parte y, por otra, el mantenimiento de la autonomía política de los pueblos ¿qué actitud sugiere el cooperativismo? Son estos desiderata tan evidentes en nuestros pueblos, que sin duda alguna el cooperativismo no logrará implantarse entre nosotros si no aporta soluciones satisfactorias a estas cuestiones.

Se han evocado, lo más brevemente posible, las aspiraciones capitales que sustentan los pueblos al presente: disfrutar de las libertades privadas y públicas, beneficiarse de un elevado nivel de producción económica; evitar hasta donde sea posible las crisis económicas y el desempleo, lograr

LA REVOLUCIÓN COOPERATIVA

45

una más justa distribución del ingreso entre las distintas clases; establecer, en fin, en el orden internacional un régimen lo más aproximado posible al de grandes mercados de venta y repartir mejor entre los pueblos las materias primas esenciales, sin que pierdan por ello su autonomía política.

Esta encuesta previa era indispensable, ya que en el momento presente, sólo a condición de satisfacer estos variados e imperiosos desiderata puede un sistema económico pretender ser benéfico.

Las páginas que siguen mostrarán que entre los diversos estatutos económicos ya aplicados o que permanecen en el estado de simples proyectos, no hay más que uno que tenga la virtud de satisfacer a tantas a la vez que tan rigurosas y difíciles condiciones. Cada uno de nosotros sentimos que todos los pueblos aspiran ardientemente a un mundo nuevo, hacia el que al presente parecen encaminarse a tientas, en la obscuridad. Si la gran ambición de este libro no resulta vana, contribuirá a proyectar una preciosa luz a través de esas tinieblas.³

³ Es inevitable que la enunciación de los hechos y el análisis de las diversas categorías de sociedades cooperativas, sean mucho más austeros que el estudio de las diversas doctrinas que tienen como centro el orden cooperativo.

Sin embargo, incluso si el lector no tiene tiempo de estudiar detalladamente la exposición de los hechos cooperativos le será útil tener, por lo menos, una vista general de éstos, antes de abordar la parte doctrinal de este libro, indudablemente más atractiva que la primera parte de la obra.